

SECCIÓN SEGUNDA

EL PECADO CONOCIDO MEDIANTE LOS CASTIGOS DE DIOS.—HORRIBLES CIRCUNSTANCIAS QUE LE CARACTERIZAN, CUANDO ES UN SACERDOTE EL QUE LO COMETE.—SUS EFECTOS.—PECADOS MÁS ENORMES; EL ESCÁNDALO, LA MISA SACRÍLEGA.—CAUSAS DEL PECADO; LAS PASIONES, LA CURIOSIDAD.—EL PECADO VENIAL, LA TIBIEZA, EL ABUSO DE LAS GRACIAS.

MEDITACIÓN XXVIII

Castigo del pecado

- I. En los ángeles rebeldes.
- II. En Adán y su posteridad.
- III. En un alma condenada, menos culpable que yo.

PRIMER PRELUDIO.—Representémonos el abismo del infierno..... la innumerable multitud de ángeles rebeldes que han caído en él..... y los hijos de Adán que á cada instante van allí precipitándose.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pidamos á Dios sentimientos de grande confusión y verdadero arrepentimiento ante la vista horrible de tantas víctimas del pecado.

PUNTO I

Pecado de los ángeles

Adoremos ante todo á Dios, abismo de santidad: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*; el cual no quiere que se le acerquen sino los santos: *Sanctificabor in iis qui appropinquant mihi* (1). *Sacerdotes qui accedunt ad Dominum, sanctificentur, ne percutiat eos* (2). Ahora elevaré mi entendimiento en alas de la más viva fe, á

(1) Levit., X, 3.
 (2) Exod., XIX, 22.

través de ese inconmensurable firmamento hasta el Cielo, en que habitaban aquellos desdichados ángeles antes de su caída..... y me preguntaré á mí mismo..... ¿qué eran antes aquellos espíritus..... y en qué han venido á parar luego que han pecado? Eran criaturas perfectísimas; por sus mismos nombres podemos comprender la excelencia de su naturaleza: *Erant Angeli, Archangeli, Throni, Dominationes, Principatus et Potestates, Virtutes, Cherubim et Seraphim*..... No parece sino que se dejan ver reflejadas en ellos, cual en limpiísimos espejos, las perfecciones divinas que en ellos resplandecían.

Mas ¡ay! mientras los ojos de nuestra alma contemplan deslumbrados tanto resplandor..... ¡qué espantosa catástrofe! ¡qué horror! *Videbam Satanam sicut fulgur de caelo cadentem* (1) Pero..... ¿adónde cae? *In ignem æternum, qui paratus est diabolo, et angelis ejus*..... (2) ¿Y quién es el que así los arroja? ¿Quién les impone castigo tan terrible? ¡Ah! Un sér infinitamente sabio, un sér sin sombra de pasión, siempre tranquilo; un Dios que dejaría de ser Dios si dejase de ser justo, si castigase una falta tantico más de lo merecido: un Padre infinitamente bueno, que recompensa siempre con alegría, y no castiga sino con sentimiento.

Pero consideremos las víctimas de una justicia tan terrible: eran ángeles, nobilísimas criaturas, á quienes Dios amaba, como obras perfectísimas que eran de sus manos, y que tanta gloria le hubieran dado por toda la eternidad: *Si in angelis reperisti pravitatem, nec tamen pepercisti, quid fiet de me* (3).

Pero ¡oh confusión espantosa del alma! ¡Grandes deben ser las causas de tanto rigor para con esos ángeles de parte del Señor! ¿Cuáles son? ¿qué motivos tan graves hubo para una medida tan extraordinaria? ¿cuántos, y qué pecados han cometido? ¡Oh justicia espantosa de Dios! ¿En qué otra parte, sino en

(1) Luc., X, 18.
 (2) Matth., XXV, 41.
 (3) Imit., III, 14.

el Calvario, podremos hallar un ejemplar tan tremendo del castigo que merece el pecado? *O altitudo! quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viæ ejus!* (1).

Y el sacerdote..... ¿no es también un ángel? Lleva su mismo nombre..... *Labia sacerdotis custodient scientiam..... quia angelus Domini exercituum est* (2). Colocado en la Iglesia como el ángel en el Cielo, cumple sus ministerios alabando al Señor. ¡Ay de él si el lugar santo en que está no es más inaccesible al pecado que lo fué el mismo Cielo! Un pecado..... pecado solamente espiritual..... de pensamiento..... pecado de un momento..... y este pecado puede cambiar á un sacerdote de ángel de paz en horrible demonio.

Pero lo que aumenta y agrava más el crimen de los ángeles, es que lo cometieron en medio de aquellos inefables resplandores, iluminados con tanta luz, colmados con tantos beneficios, con tanta abundancia de gracias..... ¡Oh Señor! Volviendo á mí los ojos ¿no he pecado yo con las mismas circunstancias? ¡Qué digo! ¿Acaso el ángel tenía conocimiento de la justicia de Dios, ejercida en la tierra contra el pecador? ¿del horrible diluvio que despobló la tierra..... de un diluvio de fuego..... y, lo que más debía moverme, de un diluvio de sangre, de sangre divina derramada para castigar el pecado? Yo pues, tenía por la experiencia un conocimiento de que el ángel carecía, y además la terrible lección de su caída.

Si me fijo en los beneficios y en las gracias recibidas, ¡ay! no, yo no había recibido menos que él..... ¿Tenía acaso el ángel el poder que á mí se me ha confiado? ¿Era sacerdote como yo soy? ¡Oh! con cuánta mayor razón que San Buenaventura puedo exclamar con él: *Lucifero horribiliorem me invenio. Ille nulla præcedenti vindicta peccavit superbiens; ego visa ejus pœna, peccavi contemnens. Ille semel in innocentia est constitutus; ego multoties in ea sum restitutus. Ille se erexit contra eum qui se fecit, ego contra*

(1) Rom., XI, 33.

(2) Malach., II, 7.

eum, qui me refecit..... Et si ambo contra Deum, ille tamen contra non requirentem se; ego vero contra morientem pro me (1). No, Dios mío, no; no soy digno de compasión; pero ¡cuánto menos lo sería si no quisiera aprovecharme de la misericordia que os dignáis, Señor, tener conmigo, y no la tuvisteis con el ángel.

PUNTO II

Pecado de Adán

Si el orgullo y la soberbia hicieron caer del Cielo la tercera parte de los ángeles, la desobediencia del primer hombre ha trastornado la tierra toda. Adán reinaba sobre toda criatura visible y sobre sí mismo. ¡De qué paz no gozaba entonces su alma! ¡Qué delicias y placeres tan inocentes se ofrecían á sus sentidos subordinados entonces á la razón! Deliciosa era la morada en que Dios le había puesto, y en la que él mismo se comunicaba con el hombre, le hablaba familiarmente, como suele un amigo con otro; dicha que no era sino el preludio de otra felicidad mucho mayor sin comparación, prometida á su fidelidad; felicísimo destino que debía transmitir á sus descendientes..... Pero ¿qué ha sucedido? ¿Porqué este cambio tan horroroso? ¿Por qué no les ha dejado sino lágrimas? ¿Por qué sino trabajos y muerte? ¡El pecado! ¡Ah! Que apenas ha pecado..... y la justicia divina se hace sentir sobre él con todo su rigor, hiriendo con el mismo golpe toda la humanidad entera! ¡Adán!.... ¿Qué ha sido de ti? ¿qué has hecho? *Ubi es?* (2). ¿Qué se ha hecho de esa justicia de que te hallabas revestido como de púrpura real?.... ¿Dónde está esa vivísima luz que brillaba en tu inteligencia, esas inclinaciones tan rectas y elevadas?... ¿Qué es eso! ¿Qué significa ahora ese pesar y tristeza que empiezan á devorar tu corazón? ¿Dónde está el paraíso de delicias? ¿Cómo estás desterrado en este valle de lá-

(1) De 4, Ment. Exerc.

(2) Gén., III, 9.

grimas?... ¿Qué has hecho, infeliz? ¡Has desobedecido al Señor, tu Dios, tu Criador! ¿Qué has hecho desobedeciéndole?

¡Ah, si al fin sólo él hubiese sido el desgraciado!... Mas llega á conocer lo que iba á costar al linaje humano, al mundo todo, el haber sido su progenitor, su padre..... ya le parece oír los trístísimos ayes, lamentos y gemidos de su innumerablé descendencia de generación en generación, bajo el peso de su horrible pecado personal..... imaginase las quejas de su desgracia..... que le reclaman la perdida inocencia, la inmortalidad..... todos aquellos riquísimos dones que para ellos había recibido como para sí mismo..... Y bajo esta impresión, novecientos años de penitencia, de amarguísimos recuerdos, de angustias y dolores..... y, por último la muerte..... hé ahí para Adán el triste estipendio de su pecado. Pero no; esta penitencia no era bastante para justificarle..... era necesario que toda su posteridad sufriese, llorarse y muriere con él..... ¿Y bastará con esto?... no; todavía falta lo más grave, lo infinito á esta grande y terrible expiación. El sacrificio humano no era suficiente para satisfacer á la Divinidad ultrajada..... necesario era que el mismo Dios interviniera también como víctima, que añadiese sus padecimientos, sus tormentos, sus lágrimas y su misma muerte. Sí; pero, Dios mío ¿cómo después del sacrificio de vuestro divino Hijo, quedando plenamente reparado el ultraje hecho por la culpa á vuestra gloria, podrá haber más que padecer en la tierra? Y lo que es más ¿habrá todavía que temer los tormentos eternos del infierno? ¡Oh pecado..... horrible pecado! ¡Oh malicia inexplicable que aún después de la muerte de Dios, hecho hombre; después de todos los trabajos y dolores sin cuento en la tierra; aún después de todo esto, innumerables víctimas caerán todos los días en el abismo infernal. ¡Oh misterio de la justicia divina! ¡Oh motivo espantoso de terror! *Discam timere te, Domine, si nondum didici amare te* (1).

(1) San Agustín.

PUNTO III

Pecado de un réprobo menos culpable que yo

Si desciendo con el pensamiento «al lugar horrible de los tormentos,» quizá encontraré almas que no han cometido más que un solo pecado mortal..... en cambio yo, que he cometido tantos..... me encuentro tan tranquilo aquí en el lugar santo, junto á la misma fuente de las gracias!..... Allí veré probablemente á más de un sacerdote que, después de haber honrado su dignidad con muchas y grandes virtudes, ha tenido la desdicha de relajarse hasta caer en desgracia de Dios, y después en el abismo eterno. ¡Oh Dios mío! Después de una vida tan santa que le había hecho acreedor á uno de los tronos más eminentes del Cielo..... Pero ¿qué es lo que Dios castiga en esa criatura á quien tanto ha amado y tanto ha favorecido, no sólo muriendo por él, sino dándole una parte superabundante en la aplicación de sus méritos y de su muerte? Es..... ¡oh admirable y tremenda justicia de Dios! un solo pecado mortal..... ¡Dios mío!..... ¡Me parece que al fin mis ojos se abren! Ya no me admiro cuando oigo decir que la sombra solamente del pecado hacía temblar á los santos: ahora comprendo cómo aquellos que sólo una vez lo han cometido, han pasado el resto de sus días en grandes austeridades y penitencias en medio de lágrimas de dolor. Mas, lo que no puedo comprender es el atrevimiento y desenvoltura con que yo mismo he despreciado hasta ahora á esa Majestad divina, tan santa y tan terrible..... Mi estúpida insensibilidad, mi ignorancia, la falta de mediación, han sido la causa de haber tenido la desgracia de merecer, Señor, vuestra justísima venganza.

San Ignacio aconseja se hagan aquí tres coloquios, que será muy útil repetir en las otras meditaciones.

El primero debe dirigirse á la Santísima Virgen, sumida en el dolor al pie de la cruz, para suplicarle que interceda por nosotros ante su divino Hijo y nos

obtenga: 1.º, conocimiento interior de nuestros pecados y aborrecimiento de ellos; 2.º, conocimiento del desorden de nuestras acciones, para que, aborreciéndolo, nos enmendemos; 3.º, conocimiento del mundo, para que viendo sus pompas y vanidades nos separemos de él completamente. *Ave María*.

El *segundo*, dirigiéndonos á Jesucristo nuestro Señor, le suplicaremos con todo empeño ofrezca por nosotros á su eterno Padre sus divinos padecimientos y nos obtenga las tres gracias que por su preciosa muerte nos ha merecido. Este coloquio debe concluirse rezando fervorosamente la oración *Anima Christi*, etcétera. (Véase al final de este tomo).

El *tercero* se hace á Dios Padre, á quien presentaremos la sagrada Víctima del Calvario, pidiéndole esta misma triple gracia por las preciosísimas sangrientas Llagas de su adorable Hijo Jesús, concluyendo con el *Pater noster*.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Pecado de los ángeles*. ¿Qué eran antes de su caída? ¡Ah! ¿Qué dichoso era su estado! ¿Qué son después del pecado? *Vi á Satanás caer de los cielos como el rayo*. ¿Y adónde cayó? ¡Oh, terrible castigo! Pero ¿quién se lo impuso? Un ser infinitamente justo, infinitamente sabio, infinitamente bueno. ¿Qué pecado castiga El en los ángeles? ¿Cuántos cometieron? ¡Oh insondable profundidad de los juicios de Dios! Un solo pecado trocó á los ángeles en demonios y un solo pecado puede trocar á un sacerdote de santo en réprobo....

PUNTO SEGUNDO.—*Pecado de Adán*. ¿Qué dichoso fué el padre del género humano mientras perseveró en la justicia!... Pero apenas comete el pecado, la cólera divina se descarga, primero sobre él y al mismo tiempo sobre toda la humanidad. Novecientos años de sufrimientos, de continuos remordimientos, y después.... la muerte. ¡Y será menester que toda su posteridad sufra, gima y muera con él! Pero, ¿qué digo! será menester que un hombre Dios, mediante su propia

muerte, venga á completar esta inmensa expiación!... ¡Oh misterio de justicia y de terror!

PUNTO TERCERO.—*Pecado de algún réprobo menos culpable que yo*. ¿Cuántas almas habrá en el infierno que no han cometido sino un solo pecado mortal, y acaso habrá sacerdotes que un tiempo fueron el objeto del amor más tierno por parte de Dios y que con sus méritos ya habían adquirido el derecho á un hermosísimo trono de gloria!... Dios, sin embargo, no odia menos el pecado hoy que cuando descargó estos terribles golpes de su justicia.

~~~~~  
I OTWUJ

#### MEDITACIÓN XXIX

*El pecado en general considerado con relación á Dios*

«Del pecado perdonado, nos dice el Espíritu Santo, no quieras estar sin miedo».

Con estas terribles palabras el Espíritu Santo nos excita á llorar todavía más las faltas de que ya nos hemos arrepentido, debiendo llorar principalmente las que han precedido á nuestra entrada en el servicio del Señor. ¿Por qué los cristianos del mundo, después de algunas lágrimas por sus extravíos, después de una pequeña y pasajera penitencia, muchas veces más aparente que real, se figuran haber ya satisfecho á la justicia divina? Porque les agrada persuadirse que el pecado es más bien el habernos olvidado de Dios que el haber ofendido á su Divina Majestad: ó bien, que Dios es insensible á esta ofensa, porque por su inmensa grandeza está puesto infinitamente fuera del alcance de nuestros ultrajes.

A estos dos errores oponemos la consideración de estas dos verdades.

1.º El hombre, pecando, hace á Dios el ultraje más injurioso (1).

(1) Antes de meditar sobre el pecado del sacerdote y sobre los caracteres que le diferencian tan horriblemente del de los simples fieles, para proceder con gradación más sensible y provechosa, creemos conveniente considerarlo primero en general, sea quien fuere la persona que lo comete.

2.º El hombre, pecando, hace á Dios el ultraje más sensible.

PRIMER PRELUDIO.—Me presentaré delante de Dios como un criminal cargado de cadenas, sacado de la cárcel y conducido al tribunal del divino Juez.

SEGUNDO PRELUDIO.—Hacedme, Señor, conocer lo que hay de vergonzoso y criminal en el pecado, para que me confunda y llore de haberlo cometido tantas veces: *Ingemisco tanquam reus: culpa rubet vultus meus.*

PUNTO I

El hombre pecando hace á Dios la mayor injuria

Oigamos al Señor que dice: «¡Has sacudido mi yugo, pueblo infiel! Has roto todos los lazos que te unían á mí, y has dicho: *non serviam*, no obedeceré» (1). Hé aquí el pecado con sus tres caracteres más odiosos: *rebelión, desprecio, ingratitud.*

1.º *Rebelión* contra la autoridad más sagrada, porque Dios es el que intima sus órdenes, hace conocer su voluntad..... el mismo Dios que dió su Ley sobre el Sinaí, promulga esa misma Ley en el interior de la conciencia: «Haz esto, yo te lo mando; no hagas eso, te lo prohibo; como criador y dueño, te exijo esta prueba de tu obediencia; como amigo, Padre y Salvador, quiero esta prueba de tu amor, y á este precio pongo tu dicha eterna: elige entre mi aborrecimiento y mi amor.» Y el infeliz pecador responde con su conducta: no quiero serviros, no obedezco sino á mi voluntad, á mis pasiones. ¡Ah! ¿quién puede comprender la audacia, la injusticia y la impiedad de esta rebelión?

¡Dios mío, rebelarme contra Vos, contra el Omnipotente, ante quien el universo no es sino como un grano de arena; las naciones como una gota de agua, y la raza humana igual á la nada (2). Dijo, y todo ha

(1) *Confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: non serviam.* (Jerem., II, 20).

(2) Isai., XL.

sido hecho (1), con su mirada hace temblar la tierra; toca los montes y humean (2). Los montes se derritieron como la cera á la vista del Señor (3). «Tú eres terrible, y ¿quién te resistirá?» (4) ¿Quién? «Un poco de vil ceniza» (5), «la hierba seca» (6), «una hoja seca arrebatada por el viento» (7). «Un vapor que aparece por un momento, y luego se disipa y desaparece» (8). Quizá sea una persona tímida y cobarde, y no se inmuta, sin embargo, á la vista de Dios que tiene el rayo de la venganza en su mano..... ni al recordar el abismo del infierno que se abre á sus pies..... ¡Hombre infeliz! ¿Cómo te atreves á medir tus fuerzas con el Todopoderoso?

¡Qué injusticia! Sí, injusticia; crimen, y crimen gravísimo es el rebelarse contra su príncipe, contra su padre..... Pero ¿qué atentado no será..... qué calificativo no se podrá dar al sacrílego atrevimiento de rebelarse contra el mismo Dios? No sabemos ó hemos olvidado acaso que «todo poder viene de El» (9) y que «sólo El es nuestro verdadero dueño y único Señor?» (10). Somos muy delicados por lo que hace á nuestros derechos..... y ¿no deberán ser más dignos de respeto los que corresponden al Soberano Señor del universo?

¡Qué impiedad! Todo pecado, dice San Bernardo, ataca directamente algún atributo de Dios. La ira y la cólera afectan á su mansedumbre y bondad, el odio y resentimiento á su caridad, la sensualidad á su pureza y santidad..... Aún más, dice el mismo Santo: todo pecado, en cuanto puede, pretende dar á Dios un golpe de muerte. Lo que inquieta al hombre rebelde, lo que le turba en medio de su pecado, es la

(1) Ps. CXLVIII, 5.

(2) Ps. CIII, 32.

(3) Ps. XCVI, 5.

(4) Ps. LXXV, 8.

(5) Eccli., X, 9.

(6) Isai., XL, 6.

(7) Job, XIII, 25.

(8) Jac., IV, 15.

(9) Rom., XIII, 1.

(10) Eph., IV, 5.

existencia de ese Dios omnipotente, testigo de ese crimen y que será su vengador. Si le preguntásemos..... si nos fuera dado escudriñar los deseos más íntimos de su corazón, veríamos que en su sacrilega ceguedad quisiera que no existiese ese Dios ante cuya presencia ha cometido los pecados que luego ha de condenar y castigar. Verdad es, no hay duda, que la iniquidad del pecador no puede dañar más que á sí mismo; y sin embargo, tampoco hay duda de que concibe y alimenta dentro de sí la horrible idea de la destrucción de Dios, si pudiese; de buena gana querría que no existiera: *Quantum in ipso est, Deum perimit.*

2.<sup>o</sup> *Desprecio de la más grande y adorable majestad.*— «¡Cielos, escuchad, dice el Señor, y tú, tierra, recoge mis palabras: Tenía hijos á quienes amaba con ternura! ¡Con qué esmero los alimenté! ¡A qué estado tan sublime fueron elevados, haciéndolos participantes de mi propia naturaleza!... Pero..... ¿cuál ha sido su correspondencia?.... ¿cuál debía ser su piedad filial, su amor y celo por mi honra? ¿Sabéis qué han hecho?.... Me han despreciado (1). ¡Ingratos, despreciar..... y despreciar á Dios! Tratar como cosa vil, y aún menos, al que es el principio de toda excelencia y perfección.....

¡Hé aquí lo que yo, desventurado de mí, ciego é ingrato, he hecho tantas veces cuantas indeciso entre mi conciencia y mis pasiones, he hollado la primera, me he sobrepuesto á ella para seguir el ímpetu de las segundas! La amistad de Dios, la posesión de Dios..... tal era el tesoro que se trataba de conservar ó de perder..... mi salvación ó mi perdición..... lo diré..... Sí, Señor y Dios mío, me he atrevido á comparar..... no he temido detenerme en calcular lo que Vos valéis y lo que puede valer el placer de un momento..... (2).

A la honra pues, y á la felicidad de servirlos, he preferido el pecado..... preferencia tanto más hu-

(1) *Audite cæli, et auribus percipe terra, quoniam Dominus locutus est: Filios enutrivit et exaltavit; ipsi autem spreverunt me.* (Isaí., I, 2).

(2) *Cui assimilastis me, et adæquastis?* (Isaí., XLVI, 5).

millante y culpable cuanto que, si otro sér que no fuéseis Vos..... si el mundo, si mi misma salud me hubiesen exigido lo que Vos me pedís, sin duda lo habría hecho al momentó..... ¡Ah! que no he pecado sino porque al pecar sabía que sólo Vos erais, Dios mío, el ofendido..... que sólo á Vos perdía! «Dame tu corazón, me decíais, y observa mi ley; ese corazón me pertenece y pretendo hacerlo feliz. Si cedes á la tentación, ¿adónde vas á parar? El que te induce al pecado de rebelarte ¿procurará jamás tu bien? Piensa en el abismo donde vas á precipitarte.» ¡Ah Señor, que todos vuestros esfuerzos han sido vanos! El espíritu infernal ha vencido; he querido mejor mi envilecimiento y el infierno con Satanás que la gloria y la felicidad eterna con Vos.

3.<sup>o</sup> *Ingratitud para con el más generoso de los bienhechores.*— «Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, decía Jesús á los judíos: ¿por cuál de ellas me apedreáis? (1) Las mismas palabras puede Dios dirigir al pecador: «Todo el bien que se os ha hecho, lo habéis recibido de Mí: inteligencia, voluntad, corazón, libertad, sentidos, vida..... todo os lo he dado; pero ¿qué vale todo esto? Aún más..... os he dado á mi propio Hijo; y ¿no os he dado con El todos los bienes? ¿Qué más podía haber hecho? ¿De qué os quejáis? ¿Son acaso mis beneficios los que atraen sobre mí vuestros ultrajes é insultos? ¿Me sacrificáis á la criatura porque os he dado el sér, ó queréis tratarme como á enemigo por haberos librado del enemigo más cruel?.... ¿Me castigáis por haberos amado tanto?» ¡Oh, alma mía!.... ¿qué puedes y debes responder á estos cargos, á estas amables quejas de tu Criador y Salvador?....

(1) *Multa bona opera ostendi vobis..... propter quod eorum opus me lapidatis?* (Joan., X, 32).

## PUNTO II

*El pecado hace á Dios la injuria más sensible*

Toda la doctrina del Evangelio está basada en el aborrecimiento que Dios tiene al pecado. La religión católica con todos sus dogmas, preceptos, gracias, promesas y amenazas no parece sino que ha sido establecida para darnos á conocer á un Dios infinitamente sensible á las injurias que el pecador le hace. ¿Qué otro fin tienen los Sacramentos, la predicación, la palabra divina? No es otro sino purificarnos y preservarnos del pecado. Pero ¡con qué severidad lo castiga Dios dondequiera que se encuentre! En los ángeles, en Adán, en su posteridad, en la persona misma de su Hijo, que no tenía sino la apariencia de pecador.

Para tener una idea más completa de la indignación que el pecado enciende en el corazón de Dios, hay que considerar dos misterios que tienen entre sí las más íntimas relaciones: el Calvario y el infierno. Juntemos estos dos extremos: sondeemos estos dos abismos de misericordia y de justicia..... Jesús muriendo por el pecador..... y el pecador condenado para siempre en el infierno. Un solo pecado mortal lo castiga Dios con una eternidad en el infierno. Pero ¿quién es ese Dios que así lo castiga? Un Dios que muere..... un Dios que se deja crucificar para expiarlo; un padre, más tierno para con ese infeliz que lo fué Abraham para Isaac; y á pesar de esa ternura hacia ese pecador á quien con tantas lágrimas ha llorado y rescatado con toda su Sangre, lo rechaza sin embargo cuando muere en pecado y lo separa de sí y reprueba por toda una eternidad! ¡Oh pecador! no, no digas: «el pecado no ofende á Dios, no le irrita ¿qué se pierde con él?» ¡Infeliz! ¿qué se pierde? En cuanto está de tu parte, pierdes todo lo que Cristo padeció: su muerte y el precio de su Sangre. ¿Qué se pierde? Tú te pierdes, desgraciado, y ¡cuánto no le has costado para que dejase de sentir tu perdición! ¡Tú, obra de sus

manos, precio de su sangre; tú, que te condenas á beber el cáliz de su furor por los siglos de los siglos..... ¿qué es pues, el pecado que tanto odia el Corazón divino que solo es amor?

Échate, sacerdote pecador, á los pies de Jesucristo crucificado; excítate y muéyete á dolorosa contrición, recordando los principales pecados de tu vida entre lágrimas amargas..... fija tus ojos en ese Jesús crucificado..... abrázate á los pies de tu Salvador como la penitente Magdalena..... como un amigo perjuro á los pies de aquel á quien ha hecho traición de la manera más vil é indigna..... Por grandes y enormes que sean tus iniquidades las olvidará si arrepentido sinceramente solicitas el perdón por las llagas sagradas de Jesucristo.

### RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Ofensa que el pecado infiere á Dios.*  
1.º Rebelión contra la autoridad más sagrada. ¿Quién es el que manda ó prohíbe? ¿Quién es el que rehusa obedecer y cuáles son los caracteres de esta rebelión? La audacia más insolente: es un hombre que se atreve á desafiar y retar al Todopoderoso. La injusticia más desvergonzada: se menosprecian y pisotean los más sagrados derechos. La impiedad más sacrilega: el pecador quisiera, en cuanto de él depende, dar muerte á Dios ó que no existiera. 2.º Menosprecio de la más sublime majestad. La amistad, la posesión de Dios: hé aquí el tesoro que se trata de conservar. Yo he puesto en una balanza, Señor, lo que vos valéis y lo que puede valer la satisfacción de un instante.... he querido más bien el envilecimiento y el infierno con Satanás que el honor y el Cielo en vuestra compañía..... 3.º Ingratitud para con el más generoso de los bienhechores. Dios me lo ha dado todo..... y yo de todo me sirvo para ofenderlo.... Él tiene derecho á poseer mi corazón y todos mis afectos ¿podía hacer más de lo que ha hecho para lograrlo?

PUNTO SEGUNDO.—*Dios es infinitamente sensible á los ultrajes que recibe del pecador.* Todas las enseñanzas de nuestra religión tienen por base el odio que Dios tiene

al pecado. ¡Con cuánta indignación lo castiga dondequiera que lo encuentra! En los ángeles, en Adán y en su posteridad, en la misma persona de su divino Hijo, aunque Éste no tuviese sino las apariencias de pecador. Consideremos seriamente estos dos extremos: el Calvario y el infierno: todo un Dios que muere por el pecador, y el pecador que no obstante se condena.

### MEDITACIÓN XXX

*El pecado mortal en el sacerdote reviste*

- I. Una malicia más inexcusable.
- II. Una ingratitud más odiosa.
- III. Una perfidia más horrible.

Los mismos preludios que en la meditación precedente.

#### PUNTO I

*Malicia más inexcusable*

Nunca hay motivo ni excusa para ofender á Dios. Siendo infinitamente bueno y además Criador y Redentor nuestro, tiene derecho estricto á nuestra sumisión y obediencia.

Hay sin embargo, dos circunstancias que en los pecadores del siglo atenúan la malicia del pecado, á saber: la ignorancia y la debilidad, obediendo ambas por regla general á la falta de luz y de fuerzas. La falta de luz. Esto puede acontecer en los que andan engolfados en los negocios del mundo, y que apenas han tenido la instrucción necesaria, ni les queda tiempo para dedicarse con asiduidad á los ejercicios espirituales. En ese cúmulo de asuntos, en esas tinieblas, muy difícil es ¡oh Dios mio! conocer las maravillas de vuestro poder, la severidad de vuestra justicia y los encantos de vuestras infinitas perfecciones (1). Falta de fuerzas. Porque acuden muy de tarde en

(1) *Nunquid cognoscentur in tenebris mirabilia tua?* (Ps. LXXXVII, 13.)

tarde á los manantiales de la gracia, que son la oración y los Sacramentos. La multitud de sus quehaceres y el mucho tiempo que en ellos emplean los ocupa demasiado y engendra en sus corazones el descuido y la tibieza; pero por lo que toca á esto ¿qué le falta al sacerdote? Antes y después de su consagración ha oído tantas exhortaciones, ha leído tantos y tan buenos libros, ha debido hacer tantas reflexiones.... y si á esto añadimos el estudio de la Sagrada Teología y de la Moral.... ¿le faltarán luces y conocimientos al que está destinado para ser la antorcha que debe iluminar al mundo? *Vos estis lux mundi!* ¿Podrá ignorar la ley el que debe predicarla y ser su intérprete?.... No: que no pertenece á aquella clase de pecadores por quienes oró Jesús al morir: *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt* (1). Verdugo mucho más cruel que aquellos que crucificaron al Salvador es el sacerdote pecador; pues sabe muy bien lo que hace, y tiene mayor malicia que ellos: cuando peca, cuando le crucifica, no es ciertamente por ignorancia.

¿Le faltará acaso la fuerza espiritual al que de tantos auxilios puede disponer para desterrar de sí la debilidad y flaqueza? La vida del sacerdote no es sino una cadena de gracias: todo, hasta el traje que lleva, le recuerda que debe mantener viva su fe; la oración ha de ser su ejercicio habitual, y la santa Misa.... el tremendo sacrificio de la Misa, la fuente viva de todas las gracias. ¿Cómo pues, podrá tenerse por débil el que vive tan íntimamente unido al que es Todopoderoso? Fuerza y luz, todo le asiste y le protege. Luego no peca sino porque voluntariamente quiere pecar con una malicia inconcebible.

#### PUNTO II

*Ingratitud más odiosa*

Si Dios es infinitamente bueno para el hombre; si su bondad es casi excesiva para con el cristiano,

(1) Luc., XXIII, 34.